



Año VII

DICIEMBRE 27 de 1903

Vol. XIII No. 13

CUBA Y AMERICA

AL TERMINAR con el presente número el séptimo año de la publicación de esta Revista y su volumen XIII, parece lógico que recapitulemos el resultado de nuestros trabajos periodísticos y formulemos programa de lo que nos proponemos hacer al prepararnos para continuar esta grata á la vez que difícil tarea en el próximo año 1904.

CUBA Y AMÉRICA, que se fundó en Nueva York en 1897 durante el período revolucionario, y obtuvo allí gran éxito, reanudó su publicación en la Habana en 1899, terminada ya la lucha revolucionaria.

Causas diversas dependientes del estado político y económico de un país todavía no sosegado, hicieron difíciles sus comienzos: sobre todo cuando no veníamos á tomar parte en luchas de partidos militantes, sino á contribuir con labores literarias y de suaves tendencias á la reconstrucción y pacificación moral de una sociedad perturbada durante largos años.

Hemos logrado relativamente nuestro objeto merced al tesón y constancia por nosotros desplegado, pues CUBA Y AMÉRICA, en su carácter de revista ilustrada y publicación de lujo, tiene ya una considerable circulación: sus ejemplares llegan á todos los extremos del país y no hay familia de cultura y de significación social que no lo tenga como periódico de lectura en sus hogares.

En nuestras columnas han colaborado los escritores más notables del país y nuestros más distinguidos artistas han hermoñado con sus ilustraciones sus páginas.

La colección de CUBA Y AMÉRICA será en el porvenir fuente de datos de consulta valiosos para la historia de nuestras letras.

La prensa extranjera le ha consagrado benévolas y alentadoras frases. En las Exposiciones de París, Buffalo y Charleston, obtuvo señaladas recompensas, y sus volúmenes anuales figuran en las Bibliotecas nacionales de Francia, en la del Congreso de Washington, y otras.

Satisfechos de este resultado, en el próximo año continuaremos nuestros empeños, procurando siempre mejorar el periódico en su forma tipográfica y artística, conservando su carácter de Revista literaria, científica, de intereses generales, de lecturas amenas é instructivas, ajena á trivialidades, cuestiones de partidos y personalismo.

Para esta labor educadora y que consideramos de utilidad general, reclamamos ingenuamente el apoyo de todos.

HERBERT SPENCER

POR ADRIÁN DEL VALLE

En los años pasados, esperando ver abrirse los capullos de las flores, me asaltaba á menudo la idea: ¿veré otra vez brotar las rosas? ¿Me despertará otra vez al amanecer el canto de los tordos? Ahora que el término no debe, al parecer, estar muy distante, aumenta mi inclinación á pensar en el fin de la vida.—SPENCER.

(Hechos y explicaciones)

YA NO VERÁ otra vez brotar las rosas; ya no le despertará otra vez al amanecer el canto de los tordos.....

Incansable viajero de la vida, cuyas desconocidas regiones intentó explorar, llegó el término fatal de su existencia con la dicha de haber empleado sus energías, de haber dedicado su poderosa inteligencia al servicio del supremo bien, de la suma ciencia, pero sin el consuelo de haber descifrado el Enigma del Universo, el Gran Enigma por el que en vano tanto se afanara.

¡Miserable inteligencia humana! Aún en sus formas más potenciadas, en su organización más perfecta, en sus manifestaciones más elevadas, es incapaz de explicarse satisfactoriamente la vida universal. Spencer, el gran filósofo que dedicó toda su vida al estudio incesante del mundo y sus fenómenos, murió sin haber llegado á comprender el misterio de los objetos, atormentado en sus últimos años por el fantasma impalpable é incomprensible del Espacio, que no logran disipar ni las verdades de la ciencia ni los dogmas de la fe.

“En estos últimos años—escribió Spencer—la conciencia de que sin origen ó causa el Espacio ha existido y debe existir siempre, produce en mí un sentimiento que me hace temblar.”

¿Y qué espíritu no tiembla ante el enigma del Espacio?

¡El Espacio!... Vacío inmenso, inmenso, que no logran llenar ni la idea de Dios, ni la eternidad de la materia y la fuerza; que no consiguen explicar la Creación ni la Evolución, la Religión ni la Ciencia.

Si en el universo microscópico que constituye el átomo, hubiera seres

sensibles y pensantes, para ellos, habitantes de los electronos, el átomo pudiera constituir un espacio inconmensurable, puesto que serían incapaces de medirlo; si en la gota de agua hubiera infusorios-filósofos, pudieran creer que la inmensidad del espacio se reducía al mundo en que ellos se movían. Así el hombre-infusorio tiene á veces la pretensión de forjarse un Espacio infinito, porque no puede medirlo, cuando quizás ese infinito Espacio, con relación al Universo-enigma, no sea mayor que el simple átomo.

El Espacio..... delirio de la mente que si hace temblar á un Spencer, anonada al simple mortal que en vano pretende elevar el pensamiento á las altas regiones de la especulación pura.

*
* *

Fué Spencer el filósofo de las grandes generalizaciones, y el primero que acumulando datos y hechos, aprovechando todos los conocimientos científicos y los trabajos de ilustres sabios predecesores y contemporáneos, hizo de la Evolución una sólida doctrina científica, la única que explica lo más satisfactoriamente posible una parte del mundo fenomenal.

Prodigiosa labor intelectual la de Spencer. Comprende gran número de obras, entre las que descuella como síntesis de toda su filosofía evolutiva, la que lleva por título *Los Primeros Principios*.

Para Spencer, en el Universo se produce una distribución incesante de materia y de movimiento. Donde predomina la integración de la materia y la disipación de movimiento, hay evolución; donde predomina la absorción de movimien-

to y desintegración de materia, prodúcese la disolución. La evolución es simple cuando la integración se efectúa sin complicaciones y compuesta cuando hay cambios secundarios. Estos cambios transforman lo homogéneo en heterogéneo, proceso de integración, local ó general, que se combina con el proceso de diferenciación, esto es, con el cambio de lo homogéneo indefinido á lo heterogéneo definido. A la redistribución de la materia, acompaña la redistribución del movimiento que corresponde á sus componentes. Contribuyen á esta redistribución la inestabilidad de lo homogéneo, que da origen á diversas transformaciones, que á su vez multiplican los efectos, multiplicidad que aumenta á medida que se hace más heterogéneo el agregado. Esta segregación tiende á separar las unidades que difieren y reunir las que se asemejan. De esas transformaciones que sufre un agregado en evolución resulta finalmente el equilibrio.

Todo agregado que evolucione, sufre tarde ó temprano una disolu-

ción. Ese ritmo de evolución y disolución, es universal y eterno, y es el resultado de la persistencia de la fuerza en sus formas de materia y movimiento. "Lo que persiste invariable en cantidad, pero modificándose siempre en su forma bajo esa apariencia sensible que nos presenta el Universo, excede á los límites de la concepción y del conocimiento humano: es una potencia desconocida é incognoscible que estamos obligados á reconocer como ilimitada en el espacio y sin principio ni fin en el tiempo."

Dentro de la relatividad de los humanos conocimientos, no es posible hallar concepción más natural del mundo y sus fenómenos.

*
**

Murió Herbert Spencer y aunque su pérdida ha sido llorada, ha distado mucho de producir el sentimiento general que en los pueblos produce la muerte de un rey, de un general, de un héroe..... Y sin embargo ¡qué raquítica es la labor de los reyes, de los generales, de los héroes, comparada con la labor inmensa del gran filósofo!

INVIERNO

POR J. C. LABRA

De los ardientes calores
pasó la estación liviana
de aromas llena y de flores,
y la campiña lejana
está mustia y sin verdores.

Lo que ayer fué bosque umbrío
es hoy horrible esqueleto
que pone en el alma frío,
porque en su ramaje escueto
se adivina algo sombrío.

¡Qué triste el bosque, qué triste
con su desnudez de hielo!.....
El cierzo helado lo embiste;
mas él cruje y se resiste
mirando siempre hacia el cielo.

Así el hombre que ha perdido
las ilusiones primeras,
mira al cielo, dolorido,
é implora con un gemido
sus alegres primaveras.....

Y vuelve el bosque otra vez
á cubrir su desnudez
con lujuriantes verdores.....
¡sólo el hombre en su vejez
sin savia queda y sin flores!

MI CORONA

POR ODÓN MARCIAL

Al ilustre muerto Diego V. Tejera

“Todo perece
“Por ley universal. Aún este mundo
“Tan bello y tan brillar te que habitamos
“Es el cadaver pálido y deforme
“De otro mundo que fué.....”

HEREDIA

El término fatal de tu camino
llegado está!

La mano del destino
orló tu sien de mirtos y laureles.
En la refriega pertinaz y dura
que afronta el hombre al recorrer la vida,
mirando hacia la altura,
el honor por egida,
la virtud y el deber como bandera
sereno contemplaste la victoria
de un pueblo que luchando se redime.....
¡Descansa en paz! El templo de la gloria
se ha abierto para tí, muerto sublime!

Tu misión terminó!

Nacido en Cuba
eras de corazón libre y poeta;
viste á tu pueblo erguirse soberano
y valiente romper con hidalguía
el poder afrentoso del tirano;
de tu lira raudales de poesía
brotaron al contacto de tu mano.....

¡Tu misión terminó!

Si en la sombría
y apartada región en donde moran
los tristes departidos
llegan á veces turbadores ruidos
su sueño á molestar, y en el sepulcro,
al rumor de la brisa en los palmarces
llegase á tus oídos
el ritmo sin igual de tus cantares,
es que Cuba, la madre cariñosa,
á quien tu esfuerzo dedicaste entero,
se vale de tu cántiga amorosa
para expresarte su dolor sincero.

Viajero ilustre de ignorados mundos
¿sucumbiste al pesar?

¡No! Tu firmeza

resistió la dureza
conque el destino hirió tu alma gigante
de temple de diamante.
El que conozca de tu limpia historia
los timbres de su gloria
dudar no puede que el mancebo fuerte
que ausente del hogar sufriera el frío
y la angustia del hambre tormentosa
sin menoscabo de su honor y brío
fuera después el hombre decidido
á luchar y morir nunca vencido!

Si no pudo el dolor profunda herida
en tu pecho causar ¿qué desventura,
qué anhelo, qué porfía,
te aparta del sendero de la vida
y te encamina hacia la tumba fría?
Escritor elegante y aplaudido,
vate de inspiración, digno patriota,
filósofo y soldado esclarecido,

amante padre, enamorado esposo,
¿por qué te marchas y en dolor sumido
dejas el pueblo que llamaste antaño
tu esperanza y tu amor y tus anhelos?
¿Sucumbiste quizás al desengaño?
¡Pudiera ser! A veces los poetas
verdaderos atletas
al luchar con la vida y sus dolores
la frente doblan cuando ven marchita
alguna margarita
nacida en el jardín de sus amores.

Triste llora tu muerte un pueblo entero
y ante el dolor universal comprendo
que una lágrima empañe mis pupilas.....

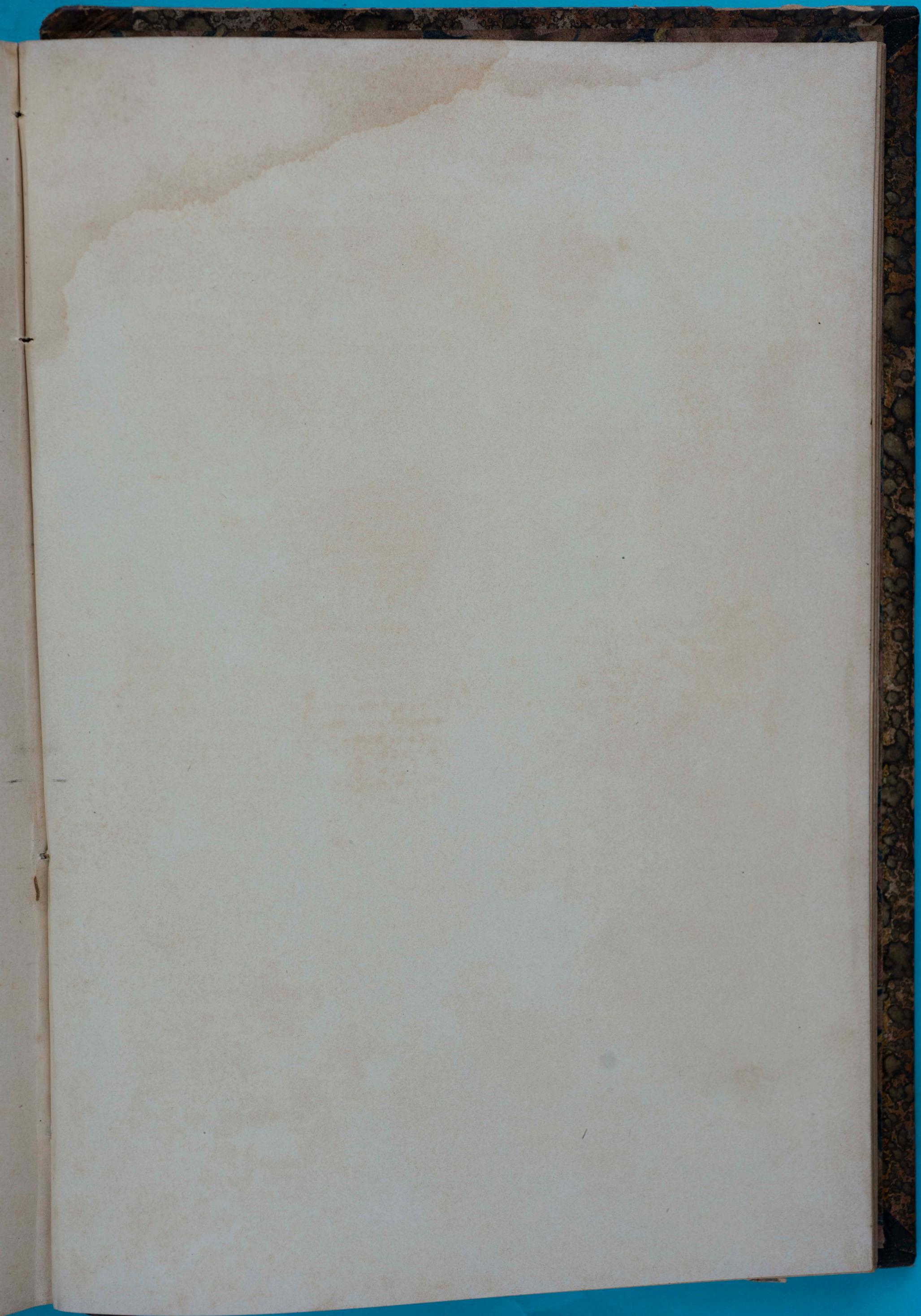
Mas, cese el llanto!.....

Firme y decidido
á tu sepulcro llevo con mi ofrenda;
¡una estrofa de amor! débil tributo
que rinde á tu memoria venerada
un amante del arte y lo sublime.
Perdona si no gime
mi corazón también al evocarte!
yo he venido á cantarte
sin exclamar ¡adiós! porque no puedo
someterme á esa ley dura y tirana
que del lampo de luz que hoy nos bendice
hace surgir la noche del mañana

Todo perece

por ley universal!..... ¡Eso es mentira!
Tu augusto nombre perecer no puede
mientras vibren las cuerdas de una lira.
Anfión no ha muerto, Hesíodo ni Corina,
ni la pléyade ilustre que compone
del gran Apolo la famosa corte.
En la inmensa cohorte
de olímpicas deidades
el nombre de Tejera centellea
junto á Plácido, á Heredia y á Zenea!
¡Salve á tí, vencedor! que al fin llegaste
á la sacra montaña, y recibiste
sobre tu frente el lauro que ganaste
al cruzar de esta vida el valle triste.
¡Oh, cuán bello sería
el anhelado día
en que Apolo sintió tu firme paso
llegar hasta su puerta!
¿Por qué llorar?..... Gigante en la pelea
cual nuevo Prometeo
con bravura sufriste la tarea
que te impuso el Deber y no el Deseo.....
¡Hércules llega al fin, y te liberta!.....

Tú estás entre los muertos que no mueren,
puesto que del olvido te redime
de tu espléndida vida la memoria.....
¡descansa en paz! el templo de la gloria
se ha abierto para tí, muerto sublime!





OYENDO CANTAR LOS PÁJAROS



LOS DOS JORGES

DISERTACIÓN LEÍDA POR LA DOCTORA BLANCHE Z. DE
BARALT EN EL ATENEO DE LA HABANA LA NOCHE
DEL 2 DE DICIEMBRE DE 1903

Agradezco el honor que me hace el Ateneo de la Habana al invitarme á ocupar esta prestigiosa tribuna donde ha resonado la palabra de tantos hombres eminentes, y siento, al mismo tiempo, como es natural, gran timidez al dirigirme á este culto auditorio, primero, porque tengo conciencia de la limitación de mis facultades, luego, porque el idioma que empleo no es el de la patria de mi nacimiento, por más que sea el de la patria de mi corazón, y después, porque soy mujer.

Pero tengo en el Ateneo un interés algo maternal, y fuerza me es cumplir con un compromiso que contraje casi desde su fundación.

TRATARÉ esta noche de dos mujeres célebres, de dos mujeres que han elevado muy alto, en la esfera del arte, la antorcha intelectual de nuestro sexo.

Ambas se llamaron *Jorge* en las letras, aunque en la vida, George Sand fué Aurora Dupin, Baronesa Dudevant, y George Eliot, Mariana Evans de Lewes y de Cross.

Ambas han gozado de gran renombre, pero la popularidad de George Sand ha fluctuado, debido esto principalmente á la avalancha naturalista que ahogó, y hasta cierto punto despreció á los románticos, causando notable baja de valores; pero el tiempo, que es el gran nivelador y el gran justiciero, llama de nuevo al orden, eliminando lo menos bueno en la obra de cada cual, dando nuevo brillo al oro puro que queda en el crisol y designándoles el verdadero puesto que han de ocupar en los anales de la literatura.

Aurora Dupin, la que llamamos George Sand nació en París en 1804. Es hija de reyes y del pueblo, pues era su padre nieto del afamado mariscal Mauricio de Sajonia y su madre, graciosa modistilla. Así que se

encontraba, como decía ella, "á caballo sobre dos clases." Perdió su padre casi en la infancia y fué educada por la madre y la abuela que se disputaban su cariño y nunca llegaron á entenderse.

La aristocrática abuela era dueña del castillo señorial de Nohant, donde Aurora permaneció hasta los trece años, haciendo la vida del campo, entregada á la naturaleza, corriendo por los bosques con los aldeanillos, y formando su corazón al amor de los árboles frondosos y las fuentes cristalinas.

Desde niña era activa á la vez que soñadora, muy aficionada á los cuentos de hadas y de aparecidos.

El elemento fantástico siempre la atrajo y temprano comprendió que era una de las grandes fuerzas del espíritu popular.

A consecuencia de un disgusto en su casa á propósito de su educación, fué enviada á París al convento de las Inglesas, que era el de moda en aquella época.

La prisión fué dura al principio para el libre pajarillo, pero se consuela de la pérdida de sus queridos bosques y hasta se muestra revol-

tosa y casi revolucionaria aquella plácida morada.

Opérase un cambio en su espíritu y se presenta una crisis—la del misticismo. Es tan ardiente la fe que la consume, que piensa un momento en hacerse religiosa.

Vuelve á Nohant, donde poco después muere la abuelita y queda sola para vigilarla la madre, que ejerce escasa influencia sobre ella.

Entonces fué cuando empezó á leer, á devorar cuantos libros caían en sus manos. El entusiasmo religioso se calma. Abandona la "Imitación de Cristo" por "El Genio del Cristianismo." Lee de todo pero acaba por encontrar á Rousseau y reconoce en él su maestro.

Devora á Malby, á Leibnitz; la filosofía no la asusta, al contrario, se entusiasma ya por las doctrinas, aunque no tanto como por la poesía, y delira con Shakespeare y Byron. Pero si los poetas la llevan al mundo de los ensueños, Rousseau la despierta y la enseña á protestar, y empieza á tratar la sociedad como madrastra.

Una joven que odia á los hombres no parece muy á propósito para el matrimonio, pero conoce al Barón de Dudevant y se casa con él de un modo pasivo, sin entusiasmo y sin amor.

Su hogar subsiste nueve años en medio de disgustos continuos hasta que por fin, los esposos llegan á un acuerdo: el de separarse.

Dos hijos habían nacido de ese matrimonio. M. Dudevant se quedó con el varón, mientras que su mujer sale para París con la cuna de su hija, á ganarse la vida y hacer el gran experimento de la emancipación completa de la mujer.

Tenía veintisiete años. Era hermosa y esbelta, con grandes ojos lánguidos y espesos cabellos castaños.

Llegaba á París en 1831—es decir, en pleno renacimiento romántico, en aquella época gloriosa cuyo encanto aún perdura, cuya atmósfera estaba tan cargada de entu-

siasmo y de fé que el aire embriagaba. Los escritores y los artistas, estrechamente unidos, habían formado una especie de compañerismo heroico, sin envidias, sin pasiones mezquinas. Los sentimientos eran nobles, exaltados, quizás con exceso.

Feliz ella que pudo alcanzar un tiempo en que la juventud tenía "el tormento de las cosas divinas," cuando era posible oír por la mañana la voz de Lacordaire tronar en la bóveda de Notre Dame, y por la noche á la Rachel declamar los versos sonoros de Hugo ó la prosa rítmica de Musset.

Nuestros contemporáneos suelen sonreírse y llamar todo eso leyenda, pero nos quedan las obras y los nombres: Víctor Hugo, Alfred de Musset, Lamartine, Flaubert, Stendhal, Théophile Gautier, Michelet, Balzac y George Sand por no mencionar más que algunos.

Los primeros pasos de nuestra autora fueron humildes y oscuros, hasta que Henri Delatouche, director del "Figaro," le dió hospitalidad en las columnas de su periódico. Conoce á Jules Sandeau y escriben en colaboración una novela, "Rose et Blanche," que firmaron con el nombre de aquél, omitiendo la última sílaba: "Jules Sand." Más tarde, cuando Mme. Dudevant escribió, por cuenta propia, "Indiana," por consejo de Delatouche conservó el apellido ya usado y cambió el nombre de Jules por el de George. Así vino al mundo George Sand, seudónimo que un día debía ser tan célebre.

La nueva artista se arroja de lleno en la vida de Bohemia. Adopta el traje de hombre para salir con más franqueza con sus amigos, y fuma cigarrillos.

Esta indumentaria que había llevado tantas veces en el campo con la mayor ingenuidad, da lugar á una George Sand legendaria; la voz popular la hace hombre ó amazona descarada, rodeando su nombre de mil cuentos fantásticos y falsos.

La verdad es que George Sand, á

pesar de su gabán, de sus pantalones y de su gorrita de estudiante, permanece mujer, muy mujer hasta lo último de su vida.

Pocas mujeres han tenido más desarrollado el sentimiento femenino, y esto lo debemos tener en cuenta siempre que la juzguemos. No era el suyo un talento varonil como el de la severa George Eliot, sino un corazón grande y sensible, una criatura delicada á quien una palabra grosera ofendía, y que no toleró nunca en su presencia cuentos feos ni conversaciones arriesgadas. Necesitaba idealizarlo todo.

Dióle su primera novela fama instantánea, pues desde el principio se encontró dueña de un estilo maravilloso que era el reflejo fiel de su pensamiento, y de una imaginación exuberante que le mereció el nombre de hechicera.

Para comprender bien ese temperamento exquisito, sensible y vibrante, hay que estudiarla bajo la influencia de los hombres que labraron sucesivamente su dúctil espíritu, sobre todo, Alfred de Musset, Lammenais, Pierre Leroux, Michel de Bourges y Chopin.

Todos han dejado hondo surco en sus escritos.

Los amigos de George Sand no tardaron en descubrir que el punto vulnerable de su talento, era esa predisposición á recibir el despotismo y las convicciones de los demás. Ella misma reconoce que carecía de iniciativa intelectual y vemos precipitarse á su alrededor una multitud de representantes de doctrinas para la renovación del mundo, empíricos, sofistas y soñadores; apóstoles sinceros y charlatanes, todos deseosos de ganarse la buena voluntad de tan brillante artista para que fuese el vocero de esas ideas.

Pero llegará el día en que se cansa de esa agitación, de ese afán por buscar la fórmula salvadora, la panacea de todos los males sociales, y ese gran espíritu volverá en sí, traído á la razón por el cansancio

y el hastío. Ese día ella obedecerá á los impulsos de su alma, encontrará de nuevo su amor pristino por el campo; regresará al Berri, teatro de su infancia y habrá en ella un despertar repentino de recuerdos frescos y encantadores, de emociones exquisitas y sanas. Descansará de la sociedad y sus odios, y la suave luz de su país natal acabará por apagar el fuego del reformador y el sueño encendido del poeta humanitario.

Se instala definitivamente en el castillo de Nohant, donde se deslizan su rico otoño y plácido invierno. Quitando ocho años de agitación pasados en París y en viajes, su existencia es la de una tierna madre de familia, haciendo bordados, cuidando de sus gallinas y sus flores y dispensando una amplia hospitalidad.

Tuvo la vejez serena de los árboles, elevada la frente, llevando en su rostro de matrona la sonrisa reveladora de la bondad de su corazón.

II

Su vida literaria tiene varias fases. La primera, toda espontaneidad, rebosante de lirismo, empieza con la publicación de "Indiana", y aparecen una tras otra "Valentine", "Jacques", "Andrè", "Mauprat", "Lelia" y la encantadora serie de los cuentos venecianos.

"Indiana" es una protesta contra el matrimonio; y las obras sucesivas todas llevan el sello de la rebelión que sentía su espíritu.

Así como "Indiana" es el ideal del amor en la mujer, sencillo y profundo, casto y apasionado, "Jacques" lo es en el hombre. "André", pinta el amor también, en una naturaleza frágil y dulce que se exalta y se rompe. "Mauprat", otra vez el amor, pero en un carácter salvaje que doma y eleva á la más alta educación de la inteligencia y del corazón.

"Lelia" es casi un poema: extraño, incoherente y magnífico; absur-

do, sí, pero palpitante. Su gran defecto es el lirismo exagerado y la falsa declamación, que hoy avejenta el libro no obstante el sello innegable del genio.

En todas estas novelas George Sand ha dejado hablar libremente su corazón. Se ha desahogado. Ahora su ambición la impele á buscar temas más elevados; quiere tocar un instrumento más sonoro, pero algunas veces yerra y da notas falsas.

En todas las obras de la primera manera el asunto es poco más ó menos el mismo: á través de la inmensa variedad de aventuras, es siempre la pintura de un amor noble luchando con las sorpresas de la vida, con los desfallecimientos y las traiciones. Es invariablemente la rebelión de la naturaleza contra los errores de la sociedad.

III

A la dulce embriaguez del poeta siguen las arengas del reformador; el idilio está invadido por un pasaje fogoso donde reconoce uno á otro autor. El sermón socialista empieza y cesa el encanto. Se disimula mal el discurso inflamado de Michel de Bourges, la exhortación religiosa de M. de Lammenais, ó el sueño filosófico de Pierre Leroux, y el socialismo puro entra en juego en "Le Compagnon du Tour de France." Aquí es, acaso más que en ninguna otra parte, donde se revela mujer, porque á pesar de la originalidad y fuerza de su talento, se ve que aquella alma que quiere emanciparse tiene conciencia de su debilidad y que no era feliz sino apoyando su cabeza sobre un hombro viril.

Un escritor ha dicho, refiriéndose á ella, "que en sus temas socialistas no es sino el eco que embellece las voces ajenas"; y otro crítico malévolo ha escrito, parodiando el aforismo de Buffon: "En George Sand el estilo es el hombre."

La han acusado de tener demasiado cariño á sus heroínas, mien-

tras que sus héroes hacen con frecuencia un papel desairado; dicen que ha soñado en la regeneración de la sociedad por la mujer. Pues no faltaba más—alguna vez había de ser león el pintor—aunque George Sand dista mucho de ser feminista en el sentido que tiene hoy esa palabra.

Las novelas de este segundo período de su carrera literaria son las más efímeras, declamatorias y sofisticadas; parte de esa obra caerá en el mar del olvido, aunque el menor de sus libros encierra mucha belleza, mucha verdadera poesía y esa parte vivirá porque el poeta ha tenido fe.

IV

Llega por fin el sol al zenit. A la larga la abruma la tiranía de sus amistades, quiere respirar el aire libre y escapar del yugo de plomo que la aplasta, y desde la soledad de su retiro envía al mundo encantado el delicioso idilio de "La Mare au Diable", pequeña obra maestra de exquisita ternura y de poesía campestre que marca la era de un renacimiento, y que será siempre una de las más puras joyas de la literatura francesa.

Síguela "François le Champi", novela del Berri, en la cual George Sand ha adaptado su hermoso estilo á la fantasía del lenguaje rústico. Es también un cuento de extrema sencillez. El bravo Champi y la buena Madelon que empiezan con una amistad de madre é hijo acaban por ir de brazo hasta la iglesia, seguidos del pequeño Juanito.

La revolución del 48 estalla y el ardor patriótico enciende el corazón de George Sand; redacta folletos y hace propaganda republicana; pero pronto pasa ese delirio, vuelve á su serenidad apacible y escribe la tercera obra de su trilogía pastoral, "La Petite Fadette", historia de una aldeanilla tosca que se transforma por el efecto mágico de un verdadero amor.

Quiere ser autora dramática y

arregla para el teatro, "François le Champi", que tiene gran éxito por la novedad, por la frescura del cuadro y la ingenuidad del asunto, que hace contraste con los dramas retumbantes en boga á la sazón. Pero el fuerte de George Sand no es el drama: le sobra el análisis y le falta la acción, y por más que haya puesto en escena gran número de sus novelas, la única pieza que vivirá es el "Marqués de Villemer", y es sólo justicia agregar que en esta obra insigne, tuvo por colaborador al darle la forma dramática, nada menos que M. Alexandre Dumas, hijo.

Las mujeres no han tenido éxito como autoras dramáticas, y no conozco más que una que haya escrito dramas que puedan calificarse de grandes. Esa mujer, tengo gusto en decirlo, fué una cubana, vuestra ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda.

La poesía bucólica no puede durar siempre; con ella George Sand había purificado su arte, pero vuelve á la patria legítima de la novela y escribe una serie larguísima de cuentos de sociedad. Su laboriosidad es pasmosa. Durante más de cuarenta años, da á la estampa un promedio de dos novelas anuales. Tiene publicadas más de noventa, sin contar su correspondencia inmensa, su teatro, su autobiografía, su crítica de arte, y un diluvio de folletos y de artículos de periódicos.

En la novela de sociedad está George Sand completamente á *soi aise*; conoce la alta vida de la aristocracia íntimamente y maneja de mano maestra las conversaciones mundanas.

Los libros más famosos de este último período son "Jean de la Roche" y "Le Marquis de Villemer", una de las novelas más justamente celebradas en la literatura moderna.

Encontramos que al empezar no tenía doctrina alguna bien definida; en ella la pasión ha sido siempre

más fuerte que la idea y para que un principio la inspirase tenía que dejar de ser principio y hacerse sentimiento. Bebió su inspiración en tres grandes fuentes, el amor, la pasión de la humanidad y el sentimiento de la naturaleza.

Le parece que el amor es la única cosa que da precio á la existencia. ¡Qué bien suenan en sus labios los versos de Musset!

"La vie est un sommeil, l'amour en est le rêve. Et vous aurez vécu si vous avez aimé."

Para George Sand, la vida es el amor; el derecho de vivir cesa con él. Los que sobreviven á su amor, según ella, son caracteres débiles.

Qué contraste con Carlyle, que dice que el amor es una bagatela y que en una época heroica nadie se daría el trabajo de pensar en eso, y con George Eliot que no le da en sus obras más que una importancia secundaria.

Mme. Sand lo explicaba todo diciendo que el amor viene de Dios. Viniendo de Dios es cosa sagrada y no se debe resistir. No es responsable siendo divino.

Temo que el alma que aceptase semejante principio se enervaría en una especie de fanatismo oriental. "La fe en la libertad es lo que nos hace libres."

Una de las consecuencias de su teoría del origen divino de la pasión es el axioma romántico que el amor iguala todas las clases sociales, y vemos á multitud de heroínas nobles encontrar su ideal bajo la blusa del campesino ó del obrero, orgullosas de elevar á sus hermanos á la altura de su corazón.

La fusión de las castas por el amor es una idea halagadora á la imaginación de la mujer dispuesta, por lo general, á simpatizar con lo noble y caballeresco, pero me parece esto más aceptable en la ficción que en la realidad. Falta ver cuántas pasiones resistirán en la vida íntima á esas diferencias de educación, de instintos y de clase.

Sin embargo, el encanto de la narración es tal que hay que poner

freno á la razón para impedir que se deje arrastrar. Nadie ha aportado un candor más elocuente en la paradoja ni más entusiasmo en el error.

Y ¡qué generosidad, qué delicadeza en sus tipos amados! ¡Qué gracia ideal la de Genevieve! ¡qué preciosa imágen el tipo de Consuelo! ¡qué creación tan conmovedora, una de las más bellas de la novela moderna es la de Edmée!

¿Y qué dirémos de la *petite Marie* en la "Mare au Diable"? La niña que no tenía para inspirar un gran amor, más que su ingenuidad, su candor y sencilla bondad! y por fin Caroline de St. Geneix, que venció á un enemigo implacable, al orgullo secular del prejuicio social á fuerza de reserva, de pudor, de grandeza de alma.

Así como nos habéis conmovido, conmoveréis á muchas generaciones!

Su concepción del amor ha tenido graves consecuencias, pues la idea de la pasión irresponsable fué la causa de su rebeldía contra la opinión pública y las leyes sociales; lucha que más tarde introdujo en sus novelas. Y esto es un defecto de la naturaleza moral de Mme. Sand.

Lo que le falta á esta alma tan poderosa y entusiasta es una importantísima cualidad moral que ella desdeña: la *resignación*. ¡Ay de las pobres mujeres que no saben resignarse! Porque la resignación en su verdadero sentido filosófico y cristiano es la aceptación viril de la ley moral, la subordinación del individuo al todo, la adhesión al orden.

Mme. Sand no supo resignarse, y el orgullo de la pasión ruge en todas sus obras soberbio é indómito.

De ahí la exaltación del sentimiento y la debilidad en las teorías en una parte de sus escritos: esas son las ramas muertas que hay que cortar del vigoroso tronco que subsiste. Ella misma lo reconoce y exclama: *Mon coeur á été mon premier complice.*

Lo que se había manifestado en ella desde el principio, fué una inmensa *bondad*, una *compasión infinita*, una *ternura profunda por la miseria humana*. Después de muchos desengaños, había acabado por hacerse una moral propia que tenía por regla única SER BUENA.

El día que George Sand se elevó á esta concepción de la vida las emociones que habían revuelto su corazón estaban calmadas. Había acabado por comprender á fuerza de experiencias dolorosas lo que hay de egoísmo en la pasión, y vió que lo verdadero y noble no es pensar constantemente en uno mismo, sino en los demás y en todo lo que es grande, elevado y bello.

Pero lo que persistió toda su vida, lo que la consoló en sus horas tristes, fué el *amor de la naturaleza*, uno de esos raros amores que no engañan jamás. Fué lo más seguro de su inspiración, y la mitad, por lo menos, de su genio.

Nadie ha tenido más éxito al pintar un paisaje, al fijar la luz y la sombra, la magia del sonido y del color, la inmensidad del mar y del cielo. Nadie como ella ha penetrado mejor el alma secreta de las cosas.

George Sand ve la naturaleza, la sabe mirar, no la inventa; pero no nos enseña el paisaje nunca solo; es un poderoso auxiliar que presenta en armonía ó en contraste con el estado de ánimo de sus personajes.

¿Es posible pensar en Valentine sin recordar esa escena encantadora cuando atraviesa á caballo los campos, en que encuentra á Benedicty su destino?

¿Puede uno evocar el nombre de Mauprat sin ver el castillo en ruínas, la huella del fuego fresca aún sobre los muros, ó soñar en Lelia sin el cuadro de la playa bañada por el mar azul, su hermoso cuerpo descansando sobre la arena, y la vista perdida en el misterioso firmamento?

Cada novela de George Sand se resume en una situación y en un paisaje de que no se puede prescindir.

dir so pena de romper la unidad poética.

Ese amor de la naturaleza no lo había tomado solamente de J. J. Rousseau y Bernardin de St. Pierre, lo halló en sí misma. Su alma virgiana había vivido durante gran parte de su juventud en la intimidad de los campos y los bosques; era una verdadera hija de la tierra y la poesía pastoral fué para ella el más suave de los bálsamos después de las tempestades de la vida.

La han acusado de idealizar demasiado á sus campesinos, pero ¿no es la misión del artista desentrañar lo bello de lo bajo? Esa ha sido la gran labor de George Sand en sus admirables romances campestres.

Siendo idealista y romántica se deduce, desde luego, que George Sand no observa, ofreciéndose como procedimiento enteramente opuesto, el de Balzac. Ciertamente es que ella perseguía la idealización del sentimiento que constituía el tema de su novela, mientras que Balzac sacrificaba ese ideal á la pintura de la verdad, pero estos dos grandes artistas se conocían y se respetaban admitiendo cada uno, como legal el método del otro.

Los discípulos han sido los intolerantes. Y digo discípulos, pero no con exactitud, porque no todos los novelistas franceses que acatan á Balzac como maestro pueden clasificarse como miembros de una misma escuela.

Ni Flaubert, con su obra maestra única, ni los Goncourt, finos artistas de la sensación, ni Alphonse Daudet, observador profundo y cruel, ni Zola campeón de la epopeya ultra democrática, ni Paul Bourget psicólogo *raffiné*, ni Guy de Maupassant, víctima de misantropía y de tristezas, pueden llamarse jefes de escuela propia ni discípulos de una misma.

Son simplemente temperamentos diferentes que se expresan de distinta manera.

Porque George Sand, dominada por su afición á las aventuras ex-

travagantes, se apartase más de lo real que los autores que acabamos de nombrar, no podemos decir que no observaba, al contrario, es con frecuencia una psicóloga penetrante y aportó á su trabajo, á veces, todos los procedimientos tan estimados en la novela experimental; pero es cierto que confiaba demasiado en el azar de la inspiración, y por eso el principio de sus libros suele ser mejor que el fin. Concibe sus caracteres, se entusiasma con ellos, y luego los abandona á los caprichos de su arte como la vida los abandonaría á la fatalidad de los sucesos. Es el triunfo de lo inconsciente.

Dirán que esa clase de novela es sencillamente poesía. Sí, la novela de George Sand se acerca más á la poesía que á la ciencia; por eso ha perdido en popularidad. Hoy en día todo es ciencia. La ciencia de las costumbres, de las instituciones sociales, de las influencias patológicas: he aquí la materia prima de la novela moderna. ¿Pero estamos ciertos que esto durará? ¿Qué la novela realista no tiene también defectos de inverosimilitud y de idealización en sentido inverso?

Es una vieja querrela que durará mientras haya diversidad de gustos y de temperamentos.

George Sand fué una escritora de raza. Para ella escribir era una necesidad de su sér; de su pluma salía un límpido arroyo donde se reflejaba la belleza; pero esa gran facilidad fué más de una vez corriente peligrosa que la condujo al vórtice del lirismo, aunque siempre se expresó con encanto irresistible. Su estilo era un manantial generoso, y no hay para definirlo palabra más gráfica que el dicho de los antiguos *Lactea ubertas*.

Si fué un tiempo abandonada, ya está en pie la reacción en su favor.

Lo que ha dado el ascendiente á la novela en nuestros días, es en parte el hastío moderno, el vacío del espíritu y del corazón.

En el siglo XVIII los hombres te-

nían la pasión de la conversación, en el XVII, la de las controversias religiosas, en el XVI, la curiosidad del Renacimiento y de la Reforma. Hoy la vorágine del trabajo no deja para las horas de sosiego más que la *novela* que ha tomado el lugar de los pasatiempos de antaño. Pero si la novela tiende á servir para otra cosa que la distracción de inteligencias vulgares, si tiene un fin elevado y artístico ¿no será á condición de que ponga un poco de idealidad y de poesía en esta pobre vida, tan agitada en apariencia, tan triste en el fondo? Por eso volveremos irremediablemente á George Sand—á esa parte de su obra que es inmortal—porque nadie ha endulzado con más arte nuestra existencia.

*
* *

Si las letras francesas hacen alarde de poseer una mujer de la talla de George Sand, de quien hemos oído decir de los propios labios de un insigne crítico, el ilustre académico, M. Ferdinand Brunetière, que la *literatura francesa en toda su extensión no contaba con maestro de estilo más perfecto*, la literatura inglesa ostenta orgullosa también el nombre de George Eliot, que puede juzgarse no como mujer—como se juzgan los productos femeniles en las exposiciones, en edificios *ad hoc*, para hacer constar que el sexo llamado débil ha de medirse con norma especial—sino á la par con los grandes escritores de ficción de todos los tiempos y países. En Inglaterra el nombre de George Eliot está en línea con los de Walter Scott, Dickens y Thackeray. Igual á ellos en muchas cosas, inferior en pocas y superior en algunas.

Nadie ha mostrado poder igual al suyo en la penetración sutil que adivina el juego más profundo de las pasiones, la capacidad humana para contradecirse y la indulgencia que es misericordiosa porque comprende.

En Arbury Farm, en el condado de Warwick, vió la luz Mariana

Evans, dieciséis años más tarde que George Sand.

El condado de Warwick parece ser tierra fértil en ingenios, pues allí naciera también el príncipe de los poetas, William Shakespeare. En una finca de esta región, rica y frondosa de la sonriente Albión, pasó Mariana Evans los primeros veinte años de su vida. Su familia, anglosajona, de pura raza, era de modesta posición, y Mariana, muy joven huérfana de madre, tuvo que sustituirla en todos los quehaceres de la casa y en el cuidado de sus pequeños hermanos.

El padre, hombre severo, trabajador y estudioso, agente de un opulento propietario, fué el compañero constante de su juventud; pero la niña leía tanto y estudiaba con tanto ahinco que dejó atrás la manera de pensar paterna.

Los Evans se mudaron á la vecina ciudad de Coventry, y allí tuvo Mariana el privilegio de frecuentar personas de saber y renombre que la comprendieron y animaron. Pronto se hizo una mujer de intelecto y carácter. Conocía bastante todas las ciencias, todas las filosofías y poseía á fondo varios idiomas, sobre todo el francés y el alemán.

Ya había traducido de una manera que mereció la aprobación del autor, la "Vida de Jesús", por Strauss, cuando Ralph Waldo Emerson fué á Coventry á dar conferencias. Conoció á Miss Evans, celebró su brillante conversación y le auguró un gran porvenir.

Diez años después, cuando un revisero entusiasta proclamaba á George Eliot el primer novelista de Inglaterra, dijo el sabio de Concord á sus amigos: "¿No os lo decía yo?"

Pero con la muerte de su padre Miss Evans tuvo que pensar en sacar partido de su talento. Un artículo publicado en el "Westminster Review" le mereció el puesto de sub-editor de aquella importante revista y se dirigió á Londres.

En la gran metrópoli trató á los

primeros literatos de su tiempo, á Carlyle, á los Martineau, á John Stuart Mill, á Huxley, á Louis Blanc, á Froude y á Mazzini.

Además de estos hubo dos jóvenes que hicieron un papel importante en su vida.

Herbert Spencer, el primero, fué atraído hacia ella inmediatamente. Eran poco más ó menos de la misma edad, muy parecidos en sus gustos, siempre de acuerdo en sus ideas y la admiración fué mutua. La futura George Eliot escribía á sus amigos de Coventry, diciéndoles el placer que encontraba en la sociedad de Spencer, hablando de la afabilidad de su trato y la lucidez de su talento, y concluía afirmando que esa amistad era la fase más dulce de su vida; pero conoció á otro hombre que le fué presentado por Spencer, y si no hubiera sido por ese otro hombre, es probable que los biógrafos del autor de la "Filosofía Sintética" no hubiesen hecho constar que su única esposa fué la ciencia.

Mariana Evans no experimentó el *coup de foudre*, al contrario, George Henry Lewes le produjo al principio una impresión más bien desagradable; y en verdad su aspecto no era para prender á nadie: pequeño, de facciones insignificantes, con patillas de anarquista y dientes torcidos.

Pero su intelecto suplía las deficiencias de su persona: fué una de las figuras más brillantes del mundo literario de Londres. Filósofo, hombre de ciencia, novelista, poeta, crítico profundo y mordaz, era un ingenio versátil y magnético que había hecho de todo, siendo sucesivamente periodista, conferencista, actor y había tenido éxito en todo.

En todo había tenido éxito menos en su hogar. Se casó joven con una mujer bella y elegante pero cuya ligereza arruinó su vida. Ella lo abandonó, luego volvió implorando perdón. Lewes tuvo la generosidad de recibirla en consideración á sus tres hijitos, pero no duró mu-

cho el arrepentimiento y hubo una segunda fuga, definitiva, por supuesto, esta vez. Pero el haberla perdonado después de la primera ofensa hizo que los tribunales ingleses nunca quisieran otorgar á Lewes un divorcio.

En estas condiciones, pues, empezaron las relaciones entre George Henry Lewes y Mariana Evans. Pronto pudo apreciar el crítico la profundidad de esa mente serena y tranquila y se comprende como esta mujer sería, austera é intelectual, con su naturaleza intensa y su lealtad á unos pocos amigos y á unos cuantos principios, atraería al hombre que tanto había sufrido á manos de una criatura bonitilla y frívola.

El contraste, en efecto era grande. Mariana Evans no pudo llamarse bella, ni siquiera por cortesía, ni tenía gracia alguna en el vestir, ni poseía en absoluto esa ductilidad de espíritu que constituye el mayor encanto de una mujer de mundo.

Toda ella era sólida, sustancial, en el sentido inglés de la palabra; uno de esos caracteres fuertes que piensan bien primero lo que hacen, dispuesto luego á sufrir las consecuencias de sus actos y á defenderlos con la última gota de su sangre.

La gente observadora notó, al poco tiempo, que el bohemio Lewes sufría una transformación: se hizo recortar la barba, se peinaba con cuidado, se compró ropa nueva y se esmeraba en el lustre de sus botas.

Coincidiendo con esto el director de la "Westminster Review", recibió una carta de su editora renunciando al puesto, y Miss Evans hizo saber á sus amigos íntimos que en adelante quería ser considerada como la esposa de Mr. Lewes.

Así empezó esa unión, esa vida de estudios, de tranquila felicidad que había de durar un cuarto de siglo— hasta la muerte de Lewes.

No pretendo justificarla, desafió las leyes sociales y morales, y por

más que esta unión fuese, hasta cierto punto, ideal, la deploro hondamente, pues ella que predicó siempre la más alta moralidad, se puso en el caso de que le dijese: "médico, cúrate á tí mismo."

Y pagó caro, porque sin esa mancha George Eliot tendría el título más excelso entre las mujeres de Inglaterra y una tumba en Westminster Abbey con los inmortales.

Pero no podemos hablar de George Eliot sin mencionar esto porque Lewes la formó. Ella misma lo dice, lo repite y lo vuelve á repetir en la dedicatoria de cada una de sus obras: sin él, sin su amor sin su estímulo, no hubiera hecho nada; y sus contemporáneos lo confirman, pues muchos han dicho que la obra más grande de Lewes es la de haber revelado George Eliot á sí misma.

Al principio ella no tuvo otro deseo que el de ayudar á su compañero; no se ocupaba de producir, ni tenía conciencia de su genio.

No así Lewes, que vió claro y palpó la fuerza latente de su talento. Ella había escrito, por supuesto, pero nada original ni sentido había brotado de su pluma.

Todo era árida erudición, frío y correcto. Ni el fuego sagrado, ni el ideal de sus ensueños habían besado su frente, pero ello los presentía y había repetido á solas el grito apasionado de Margaret Fuller:

"I shall always reign through the intellect, but the life! the life! Oh my God, shall that never be sweet?"

Fuerza es recordar otro hecho lamentable en la vida de esta mujer grande por tantos conceptos.

Después de muerto Lewes, quedó abrumada por el dolor, insensible, casi exánime, y por muchos meses apenas tuvo la fuerza de hablar escasas palabras con sus familiares; parecía inconsolable, y sin embargo, se consoló, pues al año y medio consintió en casarse con un banquero, Mr. J. W. Cross, muchos años menor que ella; pero á penas sobrevivió á este matrimonio, porque seis meses después había dejado de

existir. Unicamente puede explicarse esto, concediendo que su juicio comenzaba á flaquear ó que quisiera morir con un nombre á que tuviera derecho.

*
* *

A instancias de Lewes, George Eliot publicó su primer cuento, Amos Barton, que fué tan bien recibido que escribió en rápida sucesión varias historietas análogas, formando un volumen que intituló "Escenas de la vida clerical." Son reminiscencias de Coventry, descripciones exactas y palpitantes de la verde campiña inglesa, estudios de costumbres con el sentimiento y el "humor" de los buenos y honrados burgueses de Warwickshire y cuadros que reflejan la sencilla pureza del hogar de ministros protestantes.

Su estilo realista, su observación penetrante, una comprensión extraordinaria del alma, la percepción de los motivos y de los pensamientos que tanto la distinguieron más tarde, se revelaron desde este primer instante.

"Adam Bede," publicado poco después, le dió gran renombre; fué su novela más popular y aún hoy considerada insuperable.

El protagonista, Adam Bede, artesano noble y leal, es un tipo esencialmente inglés; dicen que al concebirlo George Eliot quiso pintar á su padre. Tiene en efecto que haberlo estudiado muy sobre lo vivo, pues pocos caracteres en todo el campo de la ficción son más reales, más vibrantes y fieles á la naturaleza. Toda la obra respira paz, pureza y reposo. Está llena del perfume de los campos y de las flores, de la alegre nota de la alondra, de paisajes bañados en luz, con el plácido río donde se reflejan los sauces y el viejo puente de piedra.

Y sigue el "Mill on the Floss" que la eleva á la cúspide de su arte, en el cual el mérito verdadero así como en la obra anterior, consiste menos en el argumento que en el

maravilloso procedimiento químico psicológico que transforma las vidas estrechas y monótonas de unos campesinos incultos en cuadros llenos de vivo interés y de simpática atracción.

En "El Molino sobre el Floss" están aún más marcadas sus reminiscencias, pues se concede que el tipo de Maggie Tulliver es autobiográfico. George Eliot la describe así:

"Una criatura llena de anhelos por todo lo bello y lo vivo, sedienta de todo conocimiento, con el oído siempre atento á una música lejana y soñadora que se desvanecía y nunca quería acercarse; con ansia ciega é inconsciente por algo que pudiera eslabonar las maravillosas impresiones de esta vida misteriosa, y darle la sensación de que le pertenecía."

El que haya seguido á Maggie y á Tom en sus penas y alegrías juveniles, que haya vibrado con el afecto que el padre profesaba á su "mujercita," no se olvidará nunca de estos caracteres verdaderos y bellos que ha sabido encarnar con tanta maestría.

La obra mas ambiciosa de George Eliot es "Romola." Se propuso resolver un hondo problema moral, no en la atmósfera familiar de su patria, sino en Florencia, en la Florencia de Savonarola y del Renacimiento.

Exigióle esta tarea una cantidad tal de trabajo que casi aniquiló su naturaleza delicada, y la dejó exhausta. Dice George Eliot que empezó á escribir "Romola" joven y que acabó vieja. Se calcula que leyó para preparar la obra, más de mil volúmenes y dos veces fué á Florencia para completar sus estudios históricos y empaparse bien en el ambiente local.

Hay quien diga que "Romola" es la mejor novela histórica que jamás se ha escrito, y si concedemos que una erudición profunda, un tema noble y una fértil imaginación son los requisitos esenciales de la novela histórica, el juicio está justifica-

do. Pero debemos hacer constar también, para no pecar de parciales, que críticos como Browning, Rossetti y Storey prefieren los libros que precedieron á "Romola", diciendo que esta deja ver demasiado el esfuerzo para ser una verdadera obra maestra.

"Silas Marner" fué escrito en un intervalo mientras meditaba "Romola", y "Middlemarch", algunos años después. "Middlemarch" ha sido llamada "la gran epopeya de la vida provincial de Inglaterra."

Hay en la novela varias acciones, aunque el interés principal del argumento se concentra en el romance de Dorothy y Casaubon, que quedarán en la ficción inglesa como tipos inmortales.

La mayor controversia entre los panegiristas y los detractores de George Eliot fué entablada con la publicación de "Daniel Deronda." Ha sido atacada por los que la consideran una novela de "tendencias", con tesis fija, y demasiado moralizadora, pero otros hay que declaran que "Daniel Deronda" representa el punto culminante de su genio y que es tan superior á "Adam Bede" como "Hamlet" á "Much ado about nothing."

Esa apreciación depende mucho del ideal que cada cual se forme de la novela. Para los que creen que debe ser, antes que todo, una obra de arte, son mejores las novelas que preceden á "Romola," pero si han de preferir el propósito filosófico de sondear las más hondas profundidades y escalar las más excelsas alturas de la mente humana, "Daniel Deronda", ese estudio colosal del judío moderno, tiene que satisfacerles más.

Además de su producción en prosa, George Eliot ha enriquecido la literatura de su país con muchas composiciones en verso que serían suficientes para asentar la reputación de otro autor; pero su obra poética palidece al lado de sus novelas, que á pesar de sus limitaciones, de su tendencia al análisis

excesivo, á la preponderancia intelectual, (sacrificándole á veces el sentimiento) y á su escasa facultad estética, vivirán, sin duda alguna, mientras se hable la lengua inglesa.

Firme está ya su puesto entre los clásicos; y su filosofía, su visión ética, así como la vividez con que ha pintado sus caracteres, hacen que la ficción de George Eliot sea una de las contribuciones más notables á la crítica de la vida.

Es difícil que sea popular. La popularidad que adquirió en vida ha decaído, las masas no pueden ni comprender ni saborear su obra demasiado fina para el paladar inculto, pero está segura de un alto puesto en la república de las letras y de la entusiasta admiración de las clases intelectuales y de la gente de buen gusto.

Los temperamentos de las mujeres que estudiamos, son muy distintos, aunque George Eliot, bajo su aspecto frío ocultaba un alma ardiente que dominaba con cierto pudor de raza. El inglés, desde su infancia se acostumbra á refrenar toda demostración sentimental, pues teme que la ternura manifestada parezca debilidad. Hasta las mujeres se avergüenzan de dejar ver que sienten, y han adquirido, por lo tanto, la reputación de insensibles.

Leyendo á George Eliot uno comprende que hay más sensibilidad latente que expresada, aunque también es verdad que el mucho pensar había acabado por atrofiar un poco su corazón, al que no ha dado gran importancia en sus novelas. Si sus héroes y heroínas se aman, no es con el afán, con el delirio que dominan los hijos literarios de George Sand. Pero no debemos olvidar que George Sand escribió en una época en que la exaltación y la quimera habían llegado á su apogeo.

Fué uno de los representantes más típicos de la escuela romántica, y Brunetière define el romanticismo así:

“Es una manera furiosa de amar, que fué la de toda esa generación. Todo el mundo, bien entendido, no ama de la misma manera, pero los románticos han amado como nadie lo había hecho antes ni lo ha hecho después.”

Si el espíritu de George Sand brilló con las grandes cualidades femeninas elevadas á la quinta potencia, flaqueó con las debilidades comunes á su sexo.

No racionaba siempre: ¿pero para qué el raciocinio, pregunto, cuando su instinto artístico era tan seguro que la llevaba infaliblemente á lo bello; cuando no le faltaba nunca su buen gusto, y su alma de artista respondía como una sensitiva al más leve contacto?

George Eliot no tenía esa organización artística privilegiada. Por la razón, por la erudición, porque sabía, hacía las cosas; pero tuvo una visión extraordinaria, y penetró el misterio del alma con agudeza casi sobrenatural. El mecanismo del pensamiento era transparente para ella; conocía, como el maestro psicólogo que era, los resortes del alma humana y en esto es verdaderamente grande y creadora.

Ella puso de moda la escuela psicológica, y tuvo una influencia inmensa sobre la novela moderna, no sólo en su país, sino en toda la Europa.

Tan psicológica y tan intelectual es su obra, que el exceso de estas cualidades es casi el mayor defecto que le señala la crítica.

¡Cosa singular que un escritor del sexo femenino haya pecado precisamente por extremada especulación filosófica!

Con tanta ciencia, George Eliot no tenía nada de pedante; no sólo era modesta, sino que desconfiaba de su habilidad; por otra parte, tenía demasiado juicio para ostentar su erudición, aunque encontraba un vivo placer en el saber ordenado y en cierta escrupulosa laboriosidad que da un sabor de orgullo académico á su genio.

Ambas escritoras tienen marcada

tendencia filosófica, pero muy distinta. La George francesa se exaltaba; la inglesa, que empezó rigurosamente religiosa y hasta puritana, acabó por ser positivista; y es natural, influenciada por Lewes que fué el expositor inglés del sistema de Auguste Comte.

Otro contraste: en su modo de trabajar. La talentosa George Sand, contando siempre con su inspiración que nunca la había traicionado, se retiraba á su aposento, de noche, cuando reinaba el silencio, y allí, sobre un veladorcito de salón, sin más accesorios que un tintero, una pluma y un cuaderno de papel blanco, se abandonaba á la corriente de su imaginación, y brotaban de su pluma las ideas vestidas y armadas como Minerva del cerebro de Júpiter.

George Eliot, al contrario, escribía despacio, con notas, planes y referencias. Hacía una vida retraída, dedicada por completo al trabajo y al estudio, rodeada de una biblioteca inmensa, revisando sin cesar, y volviendo á escribir cuantas veces fuese necesario para que su obra quedase perfecta. ¡Ah! tenía que hacerlo, porque así y todo, no obstante su labor y su cuidado, el estilo de George Eliot nunca pudo compararse con la forma escultural, maravillosa, clásica de su rival de Francia.

En una cosa más la superaba George Sand, en la imaginación. Toda la fantasía de George Eliot resultaba pobre comparada con el magnífico torrente de Mme. Sand.

George Eliot piensa demasiado para ser altamente imaginativa; observa demasiado de cerca para perder de vista lo real. Además, aborrecía el oropel y pone en boca de Daniel Deronda estas palabras:

"At this stage of the world, if a man wants to be taken seriously, he must keep clear of melodrama."

Con estas teorías, es claro que las grandes aventuras en que tanto se complacía George Sand faltan en los libros de George Eliot, y cuando

una catástrofe se presenta, es con frecuencia el resultado de causas ajenas á los personajes; de un orden humano, pero impersonal, como la revolución religiosa en "Romola", ó un cataclismo de la naturaleza como la inundación en "El Molino sobre el Floss.

Nada dramático sale del choque de los caracteres, porque las creaciones de George Eliot viven más en el mundo de la inteligencia que en el de la pasión.

Además de ser un eminente novelista psicológico, George Eliot es un moralista de primer orden.

Está ya bien desacreditada la teoría que existía en tiempos de nuestros abuelos sobre la misión del novelista. Sabemos hoy que predicar es matar el arte, ni puede pedírsele al artista que haga siempre en su obra lo que se llama justicia poética; que en el último capítulo los buenos reciban su recompensa y los malos su castigo. Estas cosas se ven en los melodramas, en las novelas por entregas y en los cuentos distribuidos en las escuelas dominicales, pero rara vez se contemplan en la vida real.

La moral que tenemos el derecho de exigir á los autores de ficción no es que tramen su desenlace de tal ó cual manera, sino que hagan una distinción clara acerca del valor moral de los caracteres; que nos hagan ver donde está la sombra y donde está la luz. Uno de los primeros deberes del artista es impedir que quede duda alguna en la mente del lector sobre si una acción ó un carácter merece aprobación ó censura; la moralidad de la obra se desprende necesariamente del criterio del autor.

Y por eso tenemos que afirmar, con profundo sentimiento, que parte de la obra de George Sand es inmoral; porque lo idealiza todo; porque disculpa y hace simpáticas acciones que no son disculpables; porque deja al lector en duda ó le da á veces ideas erróneas sobre la virtud ó la culpabilidad de sus per-

sonajes. Resulta de ahí, que algunos de sus libros—sobre todo los que escribió al principio de su carrera—hacen un daño incalculable en manos de jóvenes ó personas inexpertas; y esto ha sido un arma tremenda para sus adversarios, que sostienen, con razón, que un libro que presenta la realidad descarnada y grosera daña menos el alma que un cuento delicado y fino que exalte la fantasía y pervierta el corazón.

En esta alta esfera descuella George Eliot. No sólo están perfectamente dibujados los contornos morales de sus tipos, sino que están expuestos y analizados los *motivos*, que es donde principalmente reside la moralidad de las acciones. Insiste en profundizar hasta los últimos repliegues de la conciencia, de tal modo que algunas de sus novelas son verdaderos estudios psicológicos, acercándose más á la ciencia que al arte.

Podríamos señalar como rasgo característico de los dos Jorges, la sensibilidad: en George Sand, la

sensibilidad estética, en George Eliot, la sensibilidad ética.

Permítaseme una pequeña observación al concluir. Para ser literata no es menester descuidar el hogar; y diré, entre paréntesis, que tanto George Sand como George Eliot fueron admirables amas de casa, buenas costureras y excelentes cocineras, cualidades que consideraban imprescindibles en toda mujer, cualquiera que fuese su condición y estado.

Si me preguntárais cuál de estas dos autoras es más grande, me costaría mucho trabajo contestaros. Quizás, con todo su genio, George Sand no obtuvo resultados tan perfectos como George Eliot, y titubearía antes de decir si las novelas campestres, "Mauprat" y "Le Marquis de Villemer", son obras de tanto vuelo como "El Molino sobre el Floss" y "Romola".

Cada una es típica de su raza y de su país, y ni las letras de Francia ni las de Inglaterra, han tenido hijas más gloriosas. (1)

(1) A NUESTROS SUSCRIPTORES.—El acontecimiento literario de más resonancia entre nosotros en estos últimos meses, ha sido la aparición en la tribuna del Ateneo de la Habana de la Sra. Blanche Z. de Baralt. Su conferencia sobre George Sand y George Eliot, fué generalmente aplaudida y favorablemente comentada.

Los periódicos se han disputado el honor de publicarla y CUBA Y AMÉRICA en razón á su forma de libro fué favorecida en la elección por la ilustrada autora.

Nuestros lectores nos agradecerán que hayamos dedicado la mayor parte del presente número á la inserción íntegra de tan erudito, ameno y elegante discurso.—N. de la R.



GABRIEL REYES

NOVELA CUBANA.—ILUSTRADA POR LA SRITA. EMMA CAMPUZANO

POR EL DR. EUSEBIO GUITERAS

(Continuación)

Cuando llegó al templo, el campanero estaba dejando la misa. Entró, y la oyó; pero, la verdad sea dicha, oyóla de manera que doña Marcela y Eulalia se hubieran escandalizado; porque los ojos se le iban en busca de una que otra mantilla blanca madrugadora. Todo aquí fué inútil también. Dulcinea no parece. Descorazonado y alicaído, y tomando otras calles para inspeccionar mayor número de casas, dió consigo en la de don Jaime Codina á tiempo que se sentaban á la mesa para almorzar. No hizo mal su desayuno Gabriel, estando su ánimo como estaba; pero es verdad que aquel don Jaime hacía unas butifarras que no solamente se dejaban comer, sino que despertaban el hambre. Concluído el almuerzo, en que no se habló más que de la fiesta del Angel, quedaron solos Eulalia, Marcial y Gabriel; y éste entonces contó punto por punto la aventura de la víspera y los pasos que había dado ya para hallar á la bella desconocida.

—Victoria nueva, muchacha bonita, mulata atrevida,—dijo Marcial pausadamente, y desprendiendo con un golpe del meñique la ceniza del cigarro, luego que hubo terminado Gabriel su relación: —chico, eso es como lo que se cuenta del que andaba por Salamanca, en tiempos muy remotos, buscando á un estudiante vestido de negro.

—Y si el tal tuvo constancia, no te queda duda de que halló al estudiante que buscaba,—contestó Gabriel riéndose. — Pero aquí no se trata de un estudiante, se trata de un hombre que busca á la mujer que ama.

—Tan enamorado estás, Gabriel,—preguntó admirada Eulalia, tratándole con la dulce familiaridad con que ya hacía algún tiempo le trataba.

—Loco,—contestó Gabriel.

—¡Caramba!—exclamó Marcial.—Dime chico, y..... si cuando des con ella, te hallas con que es sólo un pájaro de lindas plumas.....

—No puede ser, Marcial, no puede ser, y te

he de obligar algún día á cantar la palinodia.

—¿Tan seguro estás de hallarla?—preguntó Eulalia.

—Sí, porque he de mover cielo y tierra; y con mi constancia y obstinación he de vencer la mala suerte que tuve ayer tarde.

—Pon un anuncio en el diario,—sugirió Marcial.

—Vamos no te burles,—dijo la hermana,—que esto puede ser cosa seria para Gabriel.

—Sí, lo es, lo es, Eulalia.

—No me burlo, pero quiero hablar en razón,—replicó Marcial, tirando el cigarro, y sentándose en el borde de la silla; con las manos tendidas y la cabeza levantada.—No me burlo; pero ¿es razón que un hombre tome tan á pechos una cosa que se halla sujeta á tantas eventualidades? Aquí tenemos una muchacha..... muy hermosa..... ¡corriente! no digo que no..... Gabriel la ha visto, y él tiene buen gusto..... pero la muchacha hermosa puede ser tonta, puede ser sordomu-



¿TAN ENAMORADO ESTÁS, GABRIEL? PREGUNTÓ EULALIA.

da..... Gabriel no la ha oído hablar..... puede en fin, ser..... mala.

—¡Por Dios, Marcial!—exclamaron Eulalia y Gabriel al mismo tiempo.

—Nadie me puede tildar de que he dicho un adefesio,—continuó imperturbable Marcial.—La razón por delante. Ahora quiero suponer que, tras de ser hermosa, es cuerda, y oye y habla como cada hijo de vecino; y, por fin, que es una santa; y pregunto,—por qué has de perder tú el sueño y alborotarte, y volverte loco, como dices que estás, para dar con una mujer que, al fin y al cabo, pueda estar enamorada de otro hombre, ó que tal vez va á casarse con otro hombre?

—Calla, no lo digas,—casi gritó Gabriel.

—¿Es posible ó no es posible?..... A eso voy yo. Y no he mencionado todos los impedimentos que pueden surgir.

—Todo es muy cierto,—dijo Eulalia,—pero tú lo que quieres es hacernos aquí una perorata de aprendiz de abogado. Todo puede ser; pero también puede no ser.

—¡Bien Eulalia, bien!—exclamó Gabriel, dando un golpe en la mesa con la palma de la mano que hizo tambalear los vasos y tazas de que acababan de servirse.

—¡Cuidado con la vajilla!—dijo Eulalia riéndose; y continuó, dirigiéndose á su hermano: ¿Por qué quieres tú privar á Gabriel del derecho de averiguar la verdad del caso? Razón tiene él, y mucha razón; y si resulta que las cosas corran turbio, Gabriel no va á ser tan tonto que se deje morir por una mujer, no mediando nada entre ellos.

—Perderá su tiempo,—insistió Marcial.

—Pero puede ganar algo.

—¡Vaya un modo de raciocinar! Eso sería lo mismo, Gabriel, que si dejaras tu colocación segura en la casa de Aguirre, atenido á la esperanza de sacar los cien mil pesos á la lotería.

De esta manera siguieron los tres pasando por tamiz la aventura de la bella desconocida; pero Gabriel estaba puesto en que no había de dar su brazo á torcer; y luego que salió de casa de los Codinas; continuó haciendo sus investigaciones, que no abandonó nunca un punto; y que, por dicha, no le ponían en ningún peligro, ni le acarreaban sinsabor alguno, puesto que consistían en frecuentar paseos, teatros y bailes.

Pasaban los días, sin embargo, y las semanas pasaban, y no asomaba para el asendereado galán un rayo de esperanza. Por conducto de Altagracia, á quien se lo contó todo, y que incontinenti transmitió la noticia á doña Marcela y don Cayetano, los cuales hicieron como que no sabían nada; por conducto de Altagracia, decimos, hizo venir Gabriel á su casa á Rabiche, la negra de las Muerdecueros, que se jactaba de que no había en la Habana perro ni gato que ella no conociese, y la sometió al más escrupuloso interrogatorio.

—¿Es una niña rubia, niño Gabriel?—preguntó la fámula, interrumpiendo la relación en su principio;—rubia no muy alta pero de buen cuerpo, ni muy gorda, ni muy flaca.....

—¡La misma, la misma!—exclamó Gabriel, fuera de sí de gozo, metiendo la mano en el bolsillo, y haciendo la intención generosa de

remunerar con un doblón á la fisgona.

—¿Quién es?

—Tiene victoria nueva, y va á misa con mantilla blanca.

—¡Ella es!

—¿La mulatica muy avispada?

—¡La misma!

—Esa es la hija del escribano don Próspero Legajo, que vive en la calle de las Animas.

Gabriel estaba ebrio de contento, y Altagracia se sonreía muy satisfecha de haber tomado parte en el fausto descubrimiento. Iba ya á sacar la mano con el doblón; pero se detuvo al ver que Rabiche se había quedado como pensando, y meneando la cabeza de una manera ominosa.

—¿Estaba vestida de luto, niño Gabriel?—preguntó la correveidile de las Muerdecueros, echando con rápida desenvoltura una punta del pañuelo que llevaba sobre los hombros, bajo el brazo izquierdo, poniendo éste en jarra y manoteando con la mano derecha.

—¡Qué luto!—exclamó Gabriel de mal talante, viendo que perdía la huella, y dejando caer el doblón en el bolsillo.—Si te digo que iba de mantilla blanca.

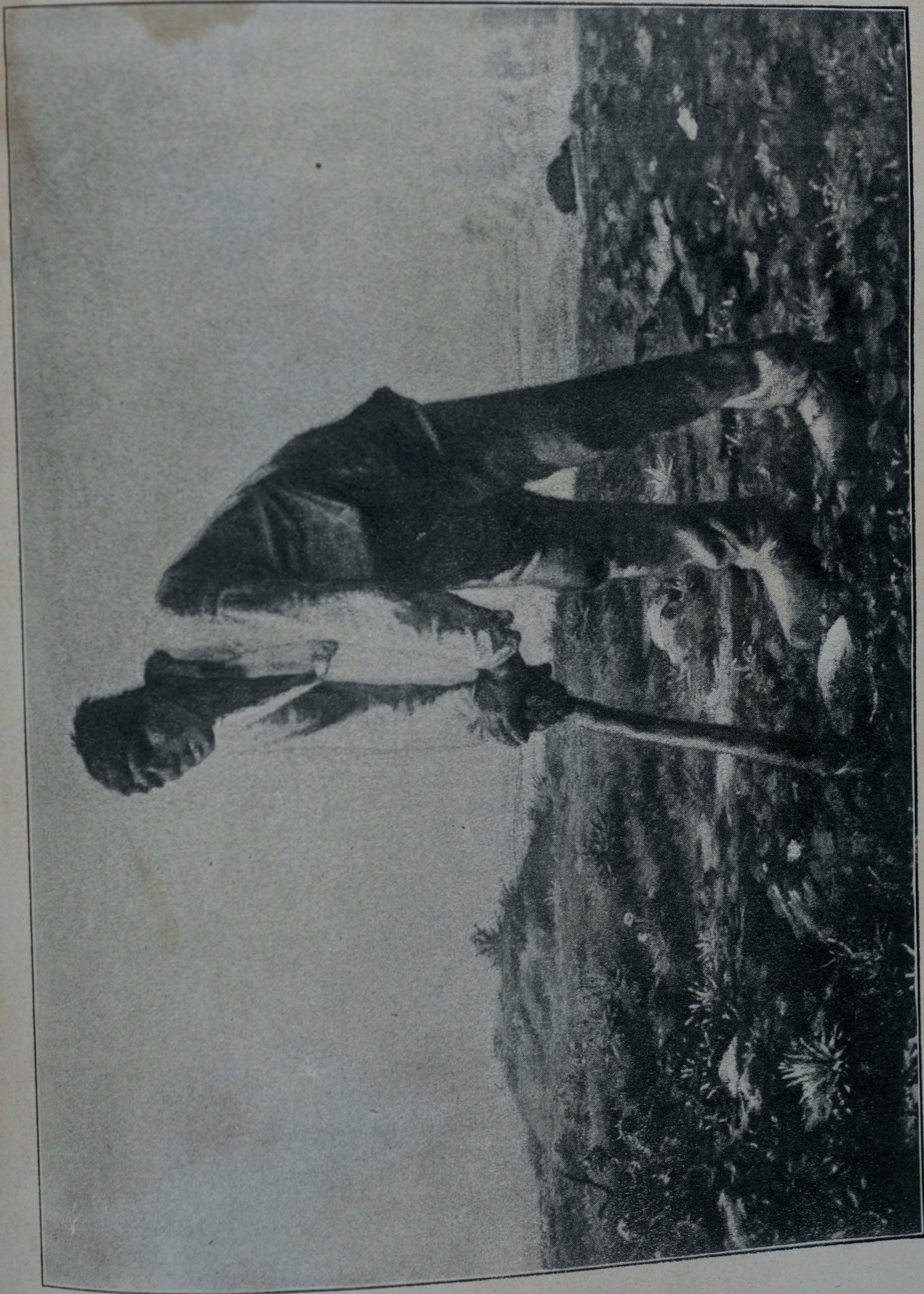
—Pues entonces no es, niño Gabriel, porque..... mire su merced..... el escribano don Próspero se murió la semana pasada, porque se dió un atracón de pescado ciguato, y llamó al médico meopato, que dió agua de la tinaja, y se le enfrió en el estógeno; y por eso no pudo hacer testamento; y la casa y el dinero, todo lo coge un hermano suyo; porque la mujer..... ya su merced me entiende; y hubo una trapisonda entre el médico meopato y el otro, porque el otro era antes el médico de la casa; pero á la mujer le queda algo; porque el escribano le dió dos negras y un negro, y el negro es tonelero, y yo lo conozco; y ropa, y prendas.....

—Bueno, bueno, bueno,—gritó Gabriel—yo no quiero saber esas historias. Toma, ahí tienes una peseta para que compres tabacos.

CAPÍTULO XII

LOS BAÑOS DE LA CALZADA DE SAN LÁZARO

No hay duda que la estación de los nortes que siguió á aquel memorable día de San Rafael, fué para nuestro enamorado mancebo, si no una de las más felices, por lo menos una de las más activas y divertidas de que hasta entonces había gozado, la cual hacía sonreír á Eulalia con toda la malicia de que era capaz su índole ingenua y bondadosa. Lo que es Marcial le daba broma sin piedad, proporcionándole noticias imaginarias, dirigiéndole cartas chuscas, firmadas por funcionarios de policía, por vendedores de maní y vendedoras de tortillas de San Rafael; en las cuales se le hacían advertencias misteriosas, ó se le daban citas imposibles, todo lo cual recibía Gabriel de buen talante, merced á su jovialidad y á los lazos tan estrechos que á su condiscípulo le unían. Para doña Marcela, en tanto, aquella estación fué portadora de dolencias que la pu-



EL LABRADOR.—CUADRO DE MILLET

sieron en un estado bastante delicado; así es que, luego que entraron los calores de la primavera, el médico de la casa recomendó los baños de mar como medio eficaz de reco-

las vecinas asomadas á las ventanas de sus respectivas casas, haciéndose notar entre todas por sus extremos una que había logrado de doña Marcela, á pesar de los esguinces de don Cayetano, que le hiciese llenar todos los días un garrafón de agua salada para dar baños tibios á una niña delicada que tenía, y que no podía resistir los baños fríos. Este garrafón, que era de los grandes de vino tinto, y tenía el forro del fondo medio destartado, iba colocado en el pesebrón del carruaje, poniendo un evidente estorbo entre los pies de las que ocupaban el asiento; pero á pesar de esto, y á pesar de las pestes que echaba el calesero, el cual tenía que llenar el recipiente, cargar con él hasta el carruaje, y llevarlo luego á la casa de la considerada vecina, y á pesar, en fin, de que ésta tenía modo de hacerse, por poco dinero, del codiciado líquido, sin dar molestia al prójimo, el engorro duró mientras duró la temporada de baños de doña Marcela. "El onceno no jeringar", decía D. Cayetano cada vez que conducía á su mujer al carruaje, y bregaba por meter en cintura la hidrópica redoma.



BUENO, BUENO, BUENO; NO QUIERO SABER ESAS HISTORIAS

brar la pérdida salud. Don Cayetano propuso tomar una casa en Marianao, donde á la par de los baños se disfrutaban los aires del campo; pero su esposa, que era amiga de guardar la suya, fué de opinión que tan salada era el agua de la playa de San Lázaro como la de Marianao, y que optando por la primera, no tenía que privarse de las comodidades y hábitos á que estaba hecha. Resuelto este punto, pasó don Cayetano á comprar calesero y caballo para habilitar un quitrín que, en indolente reposo, yacía en el zaguán de la casa, y cuyo caballo y calesero habían sido vendidos hacía años, porque no se rodaba.

Mientras se disponía el intermitente vehículo con no poca satisfacción de algunas vecinas que se proponían hacer á doña Marcelita, "que es tan buena y no sabe decir que nó", el favor de pedírselo prestado para ir á las tiendas ó llevar los chicos á la parroquia á bautizarse con decencia, pensó nuestra convaleciente en buscar quien la acompañase; pero esto que al principio le pareció un inconveniente, se zanjó con mucha facilidad, pues ahí estaba Eulalia, que de mil amores lo haría por dar gusto á su amiga; y cuando alguna causa se lo impidiese, ahí estaban las Muerdecueros que lo harían por darse gusto á sí mismas, que nadie negará es un motivo tan poderoso como cualquiera otro. Listo todo y arreglado, orilladas todas las dificultades, salió por primera vez doña Marcela, acompañada de Eulalia, recibiendo los saludos, parabienes y buenos deseos de

El lector habrá de dispensarnos que entremos en estos y otros pormenores de índole semejante; pues, si hemos de decir verdad, creemos de buena fe que debemos hacerlo, y eso por más de una razón. En primer lugar, referimos hechos; y á fuer de escritores honrados, tenemos que sujetarnos á la verdad histórica, la cual, como es sabido, no falla jamás. En segundo lugar, para describir los caracteres de la sociedad, se hace de todo punto indispensable colocar en torno suyo todos los objetos que tiendan á darle luz; y en esto seguimos la pauta trazada por los pintores, los cuales cuando sacan, por ejemplo, el retrato de un letrado, aunque éste haya sido un bolo de más de la marca, le presentan sentado, serio y grave, junto á una mesa, con tintero, papel, pluma libros en folio ó en cuarto. O si, poniendo otro ejemplo, se trata de un militar, véalo usted como nos lo pintan con un gran sable y muchos planos de fortificaciones, aunque no haya dado al enemigo más que las espaldas, ni tenga de geometra más que el ser obtuso. En tercero y, porque no queremos aglomerar razones, último lugar, todo el que escribe se propone un objeto, y el más laudable objeto que pueda proponerse el que escribe, es instruir, así á las presentes como á las futuras generaciones. Sentado este principio, que es inconcuso, díganos si podemos dejar ignorada la existencia de una honrada y amable vecina, que sin sacar privilegio ni ejercer monopolio, enseña el modo de hacerse de un garrafón de agua salada diario.

NOTAS Y NOTICIAS

POR FRUCTIDOR

SIGUIENDO nuestra costumbre de años anteriores, además del número de Pascuas, al que tan buena acogida han dispensado nuestros lectores, publicaremos otro número extraordinario, de Reyes, la próxima semana.

Será esencialmente artístico y literario, con poesías y cuentos ilustrados. En él insertaremos las composiciones que recibimos para el número de Pascuas y que la falta de espacio nos impidió publicar.

Para dar cabida á la interesante conferencia de la Sra. Blanche de Baralt, nos vemos obligados á suprimir la mayor parte de los grabados que teníamos preparados.

Nuestros lectores quedarán con creces compensados con el número de Reyes, que nos proponemos ilustrar con profusión.

Ha llegado á su fin la campaña dramática de la compañía de Emilio Thuillier en el Nacional.

Campaña provechosa, que dejará gratos recuerdos en el público habanero, que sólo de tarde en tarde tiene ocasión de recrearse con la labor de los buenos artistas.

Somos deudores á Thuillier de veladas muy agradables. Durante su breve estancia entre nosotros nos ha dado á conocer obras nuevas y nos ha deleitado con la esmerada interpretación de aquellas que, siendo conocidas, se vuelven á ver siempre con gusto, máxime cuando son desempeñadas por excelentes compañías.

El público habanero ha quedado satisfecho de la labor de Thuillier, y podemos afirmar que éste habrá tenido motivos de quedar complacido del público de la Habana, que ha sabido hacerle justicia por sus méritos como artista y sus buenas cualidades como caballero. Y esta reciprocidad manifiéstase también con los demás miembros de la compañía, especialmente con la señora Anita Ferry, la bella dama joven que puede figurar entre las primeras actrices del teatro español.

El adiós á Emilio Thuillier esperamos no será definitivo, para bien del arte y de nuestro público. Por esto, esperanzados de volverlo á aplaudir, nos despedimos, diciéndole: ¡Hasta luego!

A mediados de Enero comenzará en el Teatro Nacional la temporada de Ópera, que promete ser brillante.

Concluída ésta, se asegura actuará en el mismo coliseo la Compañía dramática de la genial actriz italiana Teresa Mariani.

En el *Teatro Payret* tendremos en breve una excelente Compañía de Variedades americana. En *Martí* sigue su campaña domi-

nical, á precios populares, la Compañía del primer actor señor Soto.

Y en *Albisu* no se interrumpe la serie de estrenos, alternando con la presentación de las zarzuelas grandes.

La Sociedad "El Progreso", de Jesús del Monte, celebró el sábado 19 del corriente un lucido baile.

Muy concurridos de bellas damas se vieron sus salones.

Otro baile muy animado fué el efectuado el domingo 20, en los salones del Centro Gallego.

Y á propósito de ese Centro, hemos de mencionar un importante acuerdo tomado recientemente por su Sección de Fomento y Protección al Trabajo, y que consiste en abrir un registro donde se anoten las solicitudes de todos aquellos que deseen trabajo, así como las referencias é informes que den sobre su actitud y moralidad.

Una prueba más de los excelentes servicios del Centro Gallego.

Una nota muy agradable, de Isabela de Sagua:

Una bella damita, Amalia Aguilar, unió sus destinos con el señor Adolfo Mederos, que goza de grandes y merecidas simpatías en la Isabela. Dicha duradera les deseamos.

Una grata noticia, especialmente para las damas:

La Sra. Clemencia Castellanos, inteligente intérprete y agente de la reputada casa Jas. Mc Creery & Co., de Nueva York, llegará á esta capital á mediados del próximo Enero. La Sra. Castellanos traerá muestras de ropa, telas de todas clases y artículos varios de uso personal y para el servicio doméstico y con gusto atenderá las órdenes que se le den.

Tendremos sumo placer en saludar á la Sra. Castellanos y oportunamente anunciaremos su llegada.

Hemos sido obsequiados con artísticos almanaques por los siguientes señores:

Dr. A. González Curquejo, propietario de la acreditada farmacia "San José", Habana número 112.

Dr. José Guillermo Díaz, dueño de la farmacia sita en la calzada del Monte 412.

Sr. Emilio Lavale Juliá, propietario de la fábrica de dulces "La Crisantema".

Sra. Viuda de Rabell, fabricante de la celebrada "Emulsión creosotada del Dr. Rabell".

Los Sres. Vilaplana y Guerrero, acreditados fabricantes del chocolate "La Estrella".